



Bulletin de l'Institut français d'études andines

ISSN: 0303-7495

secretariat@ifea.org.pe

Institut Français d'Études Andines

Organismo Internacional

Ceballos, Ramiro

Violencia reciente en Medellín: una aproximación a los actores

Bulletin de l'Institut français d'études andines, vol. 29, núm. 3, 2000

Institut Français d'Études Andines

Lima, Organismo Internacional

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12629306>

- How to cite
- Complete issue
- More information about this article
- Journal's homepage in redalyc.org

redalyc.org

Scientific Information System

Network of Scientific Journals from Latin America, the Caribbean, Spain and Portugal

Non-profit academic project, developed under the open access initiative

2. GRUPOS ARMADOS URBANOS

“Voces de mando [...] subían por las casas que parecían muertas y desiertas mientras que, detrás de los postigos cerrados, unos ojos atisbaban a estos hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de las fortunas y de las vidas [...]”.

Guy de Maupassant: *Bola de cebo*

VIOLENCIA RECIENTE EN MEDELLÍN UNA APROXIMACIÓN A LOS ACTORES

Ramiro CEBALLOS*

Resumen

Medellín es la ciudad donde la violencia reciente produjo mayores desastres. En Medellín se generaron, en las décadas del 80 y 90, una serie de fenómenos bélicos agenciados por diversos actores colectivos. El presente artículo intenta describir la situación de violencia en Medellín, enfocando el origen y desarrollo de los principales grupos armados: las bandas y las “milicias”.

Palabras claves: *Narcotráfico, bandas armadas, milicias, transacciones, conflicto urbano.*

LA VIOLENCE À MEDELLÍN: UNE ANALYSE EN TERMES D'ACTEURS

Résumé

Medellín est la ville de Colombie qui a récemment été la plus affectée par la violence. Au cours des décennies 1980-1990, elle a été le théâtre d'une série de phénomènes de violence associés aux agissements de divers acteurs armés collectifs. Dans ce texte, l'auteur cherche à rendre compte de la situation de violence que vit Medellín en s'attachant notamment aux origines et à l'expansion des principaux groupes armés à savoir les bandes et les “milices”.

Mots clés : *Trafic de drogue, bandes armées, milices, transactions, conflits en zone urbaine.*

VIOLENCE IN MEDELLIN: AN APPROACH TO ITS PROTAGONISTS

Abstract

Medellin is the city where violence has much affected the urban social fabric in Colombia in recent years. In the 80's and 90's, the city experienced a series of violent phenomena caused by various collective armed protagonists. This paper tries to describe Medellín's violence, focusing on the origin and the development of its main armed groups that is to say: the gangs and the so-called “militias”.

Key-words: *Drug traffic, gangs, private militias, transactions, urban conflict.*

* Facultad de Educación - Universidad de Pamplona, Colombia. E-mail: ramiro_c@hotmail.com

Ramiro Ceballos Melguizo quiere expresar aquí su reconocimiento al Grupo Región de Medellín (ONG), dedicado a la investigación de conflictos urbanos, del cual formó parte en 1996-1997.

El objetivo del presente artículo es ofrecer una caracterización de los actores colectivos de la violencia social en Medellín en las últimas 2 décadas. Nuestro interés principal consiste en mostrar el origen y dinámica evolutiva de las bandas delincuenciales y de las Milicias. Este seguimiento nos conduce hasta el presente cuando encontramos grupos mixtos que combinan rasgos y prácticas tanto de las Milicias como de las bandas. Estas transformaciones reflejan la evolución de la conflictividad en la ciudad y permiten entender muchas de sus características, al igual que sus paralelismos con el conflicto armado nacional.

Para tal efecto presentamos una primera parte donde se aborda brevemente el conflicto armado en Colombia. Una segunda parte presenta una caracterización sucinta de la ciudad como escenario del conflicto bélico. En la tercera parte se abordan los actores colectivos que agencian el conflicto armado barrial en la ciudad, desde una óptica evolutiva. En la cuarta parte se analizan las transformaciones últimas de estos actores y el rumbo del conflicto armado en la ciudad.

1. EL CONTEXTO NACIONAL DE LAS VIOLENCIAS

En su último artículo, publicado en 1998, Daniel Pécaut, uno de los más importantes analistas del fenómeno de las violencias en Colombia, comienza su análisis con el siguiente balance:

“Desde 1980, Colombia es nuevamente el teatro de una violencia de excepcional intensidad. La tasa nacional de homicidios supera regularmente el 70 por 100 000 habitantes, una de las tasas más altas del mundo. En algunas regiones o ciudades del país, el promedio alcanza 400 por 100 000. Entre 1980 y 1995, el número de las víctimas superó los 300 000. Las masacres colectivas de cinco personas o más son innumerables: solamente entre los años 1988 y 1993, se cuentan más de 900 de ellas, que provocaron más de 5 000 víctimas. Otros muchos indicadores van en la misma dirección: se cuentan por millares los militantes políticos y sindicalistas asesinados; un partido político, la Unión Patriótica (UP), fue diezmado y prácticamente borrado del mapa; el número anual de secuestros oficialmente reseñados desde 1990 oscila entre 1 000 y 1 717 (número máximo al que se llegó en el año 1991); más de 500 000 personas han tenido que abandonar su región de origen; las prácticas de extorsión y chantaje han llegado a volverse rutinarias en gran parte del territorio.” (Pécaut, 1998)

Como puede observarse, el cuadro es más que alarmante; sin embargo, para quienes tenemos el ingrato privilegio de estar cerca del escenario nos es manifiesto el hecho de que estas cifras ya están desfasadas y que los acontecimientos más recientes han elevado o incluso duplicado algunos de estos indicadores de violencia. Por ejemplo, el número de desplazados hace mucho que superó el millón de personas; las masacres han aumentado desde 1993 y, especialmente, se han extendido a casi todo el territorio nacional; el número de secuestros fue, en 1998, el mayor registrado hasta ahora, según informes oficiales. En términos generales el conflicto bélico se ha tornado más agudo

y se acerca velozmente, si no a una situación de guerra total, por lo menos sí a una situación de terror generalizado.

Esta breve panorámica de la violencia colombiana no tiene por objeto intentar responder a los grandes interrogantes que el fenómeno suscita: por ejemplo, ¿por qué los colombianos dirimen sus conflictos y tensiones a través de la lucha sangrienta en tanto que otros pueblos, aquejados por problemas estructurales similares no lo hacen? O ¿por qué —se pregunta Pécaut— esta situación de terror no provoca reacciones de la opinión pública, nacional o internacional? Estas son cuestiones importantes que suscita la situación colombiana y que, claramente, desbordan los objetivos de mi exposición. Lo que haré a continuación, de manera breve y concisa, será presentar algunas hipótesis descriptivas e interpretativas (1) en relación con el curso de la guerra en Colombia, tratando de aclarar en qué contexto amplio se desenvuelve la conflictividad bélica en Medellín.

En primer lugar, en Colombia habría que hablar de un estado de guerra permanente, que en su última fase lleva más de 40 años. Esta situación ha impedido la consolidación de la soberanía del Estado y ha dado lugar, más bien, a una situación de ligopolio de la soberanía (2), es decir, a una competencia de poderes alternos de distinto signo y diversa capacidad; estos poderes pueden clasificarse en: contraestatales (guerrilla y algunas milicias urbanas); paraestatales (autodefensas y paramilitares); y delincuencia organizada (carteles de la droga, de los precursores químicos, del lavado de dólares, del tráfico de armas, etc.). Todos estos poderes se articulan y se relacionan de modo diverso en las regiones y ciudades de Colombia.

Los cruces bélicos y las transiciones entre estos actores y entre algunos de ellos y las fuerzas públicas (Ejército y Policía) han contribuido a fijar y definir territorios, fronteras y autoridades; a crear sociabilidades y lealtades; a consolidar organizaciones sociales y cooptar autoridades locales. Todo ello ha llevado a que se establezcan diversos dominios y controles sobre las poblaciones locales a través de nexos de obediencia y de ofertas de seguridad y de otros servicios como justicia y empleo.

Se trata, por consiguiente, de una guerra matizada por las transiciones: los enemigos se combaten en una región y comercian y negocian en otra, como es el caso de los traficantes y la guerrilla de las FARC. No se dan enfrentamientos abiertos que signifiquen derrotas definitivas para ninguno de los bandos y en el caso de la enemistad más aparentemente intransigente, es decir, entre guerrillas y Ejército, se habla no sólo de negocios de armas entre estos bandos sino de la falta de voluntad de ambos para combatirse en serio.

Así, se han constituido órdenes fácticos regidos por verdaderos poderes alternos, que mantienen, en sus territorios de dominio, el mando supremo, la capacidad de tomar decisiones y de concitar acato y obediencia de los pobladores. Esto explica por qué el Estado, aunque esté presente a través de sus funcionarios y cuerpos armados, no tiene poder ni autoridad para dirimir los conflictos sociales y aplicar la ley. Se ve obligado a negociar su soberanía con los otros poderes y su accionar no obedece a la lógica del

(1) Sigo de cerca las ideas expuestas por la investigadora Uribe (1998).

(2) Véase al respecto el análisis de Senin (1997).

orden normativo establecido por una autoridad central sino a la lógica de las transacciones y los enfrentamientos entre poderes plurales que son, además, móviles y cambiantes: unos desplazan a otros y se producen permanentes y traumáticos relevos de autoridad, tanto en los campos como en los barrios periféricos de las ciudades.

En una situación de tal complejidad y competencia de poderes, el ciudadano actúa según la lógica de simple supervivencia: no puede confiar en el Estado de derecho ni en su justicia, burlada y cuestionada; por eso busca la protección del grupo armado que le ofrezca una mejor alternativa; o simplemente debe someterse al grupo que se impone en su zona o región. Así, pues, la soberanía estatal y la ley no sólo están puestas en cuestión por los poderes armados sino también por los ciudadanos desarmados, que legitiman con sus acciones los órdenes fácticos y cuyas acciones moleculares contribuyen a mantenerlos y reproducirlos. Gran parte de la violencia común está asociada con este desdibujamiento de la soberanía legal estatal y no es, por tanto, independiente de la otra violencia, más pública y política.

Esta situación de precariedad de la ley, de inseguridad general y de ineficacia de la justicia ha propiciado el surgimiento de grupos de Milicias y bandas armadas que ofrecen servicios de vigilancia y protección en los barrios de las ciudades colombianas, principalmente en Medellín.

Estos grupos cobran impuestos por sus servicios, ejercen dominio territorial y combinan el delito con ciertos servicios públicos. Son, así, actores que reproducen, en los barrios de las ciudades, las lógicas de la confrontación armada nacional. Algunos están orgánicamente articulados a los macroactores bélicos, como ciertas Milicias que son satélites de las guerrillas. Pero la mayoría son grupos que reflejan, como un espejo trizado, la desarticulación de la ley y del poder central del Estado y que multiplican, en una escala microsocial, el enfrentamiento multipolar que desgarró a Colombia.

Al igual que en el plano nacional, también en el plano local urbano los enfrentamientos son diversos y están matizados por la negociación; de modo que también en ese nivel se banaliza la violencia, lo que a su vez refuerza la insensibilidad pública ante el terror, como bien lo señala Pécaut en el artículo antes citado (Pécaut, 1998: 9).

2. MEDELLÍN, UN MICROESCENARIO DE VIOLENCIAS

Medellín y su área Metropolitana conforman el segundo núcleo urbano en Colombia en cuanto a población se refiere: algo más de 3 millones de habitantes según datos del último censo (1993). La ciudad es una típica urbe latinoamericana, una "Metrópoli del subdesarrollo" (Lucio Kovarick), una "Protópolis", es decir, conglomerado urbano grande y precario (Aprile-Gnisset); en suma, una ciudad que responde con lujo de detalles a la caracterización que de las Metrópolis latinoamericanas hiciera Levi-Strauss en "Tristes Trópicos": ciudades que dieron un salto de la infancia a la decadencia sin pasar por la madurez.

El crecimiento de la ciudad colombiana, y de Medellín en particular, ha sido, como en los demás países de la región, el producto del éxodo masivo de campesinos, atraídos por las expectativas de mejores condiciones de vida en los centros urbanos o

expulsados por las violencias rurales. En Colombia la violencia rural, agudizada a mediados del siglo, aceleró el crecimiento de las ciudades generando un auténtico alud campesino sobre los centros urbanos el cual, en unas pocas décadas, invirtió la proporción de población urbana con respecto a la rural (3). Este crecimiento acelerado o expansión desintegrada (Aprile-Gnisset, 1992: 610) constituye la espina dorsal histórica del desencuentro entre modernidad y modernización, el cual ha signado de modo trágico la vida urbana en Colombia y no debería olvidarse a la hora de reflexionar acerca de los procesos de aguda violentización que padece la ciudad de Medellín y, en general, el país.

Medellín ha demostrado a través de todo el siglo XX un liderazgo modernizador indiscutible. Allí surgieron, por primera vez, una industria mediana, una élite empresarial y una clase obrera reconocible. En torno a las primeras industrias y fábricas se implementó un modelo de control social que irradió hacia toda la ciudad sus contenidos disciplinarios inspirados en una ética del trabajo pero, además, en valores propios de una moral católica bastante conservadora, represiva e hipócrita (4). La región antioqueña y su capital han sido, a la par que núcleos de modernización en el país, centros de fuerte arraigo tradicional en donde todavía hoy predomina el partido Conservador.

A pesar de los esfuerzos de la Iglesia y la élite local por moralizar y controlar, la ciudad ha sido líder, desde principios de siglo, en materia de prostitución, alcoholismo y población carcelaria (Reyes, 1996: 154-169 y 212-215). Este liderazgo en materia de disrupción social se acentuará y diversificará todavía más en la segunda mitad de este siglo conforme va haciendo crisis el modelo de control tradicional que, pese a todo, había funcionado en la primera mitad del siglo (5).

A partir de los años 60's la ciudad crece vertiginosamente; se conforman los barrios de invasión que pueblan las laderas de las montañas, especialmente en el norte, y se va consolidando una ciudad periférica y marginal que sobrepasa en tamaño y población a la ciudad de los incluidos. El desempleo crece debido también al desaceleramiento de la industria y se dispara la economía informal y el subempleo. Los partidos políticos pierden aceleradamente la capacidad de representar los intereses de las cada vez más despolitizadas masas urbanas, formalmente beneficiarias de un orden democrático, pero realmente sometidas a una fuerte segregación y exclusión que en Medellín alcanzan niveles exagerados (6).

La integración de esta ciudadanía periférica ha sido siempre muy restringida y limitada a instalación de servicios básicos, adecuación de vías y construcción de escuelas y centros de salud. No obstante, en estas materias incluso, las comunas del norte

(3) La concentración urbana de la población nacional es del orden del 74% según el censo de 1993. Véase, Palacios, S.F.: 309.

(4) Sobre este modelo de control véanse: Mayor Mora, 1984: 54-95; y Archila Neira, 1993.

(5) Sobre el liderazgo de Medellín en materia delincriminal véase: Jaramillo (1994: 6, 12).

(6) Entre 1986 y 1992 la línea de pobreza en Medellín estuvo por encima del promedio registrado para las 7 ciudades más importantes del país. Igual es el caso para el coeficiente de concentración de la riqueza y para las tasas de desempleo (véase: *Plan de desarrollo de Medellín 1995-1997*, 1996: 66, 67).

de Medellín habían estado abandonadas y sólo la explosión de muerte que sacudió la ciudad en la década del 80 hizo ver estas carencias y convenció al Estado para invertir en estas obras.

En la década de los 80's las migraciones se reducen y la ciudad comienza a experimentar sólo un crecimiento vegetativo. A pesar de ello, la inclusión social de las zonas marginales no registró avances significativos. En esta misma década la conflictividad urbana entró en un período de franca agudización, coincidiendo con la consolidación del narcotráfico y con el fin del período de tolerancia que le permitió desarrollarse sin desatar las violencias que luego le estarán asociadas (7).

La crisis de productos básicos de la agroindustria, la minería y el comercio facilitaron la emergencia de diversos núcleos mafiosos en Colombia (Betancur & García, 1994: 43-77). En Antioquia la crisis de la industria textil y sus afines coincidió con el ascenso del Cartel de Medellín. Su auge fue un factor determinante en la transformación del panorama de la criminalidad urbana y la generalización de las muertes violentas.

Con todo, la crisis de las violencias en Medellín no tuvo como único responsable al narcotráfico, aunque de modo indirecto éste potenció otros procesos, como el de grupos de justicia privada, grupos de extrema derecha, etc. En todo caso, en la década de los 80's se asiste a una escalada del conflicto armado nacional y aparecen grupos paramilitares, autodefensas, Milicias y demás. Ello ha contribuido a la generalización de las violencias urbanas y a la proliferación de actores con muy diversos móviles en quienes las fronteras entre lo político, lo social y lo delictivo se tornan difusas (8).

Se puede hablar de dos procesos de agudización en el período de violencia que padece el país colombiano desde los años 80. El primero se registra cuando un actor armado poderoso, los narcotraficantes de Medellín, atacan frontalmente y a través del terrorismo al Estado colombiano. Su propósito era lograr invalidar la extradición y obtener una legislación blanda en materia de penas. A la postre lo lograron. La segunda agudización del conflicto bélico acontece en los últimos 3 años cuando la guerrilla, en especial las FARC, adoptan la táctica de ataques frontales al ejército en el sur del país, en respuesta a los reveses sufridos en el norte, en especial en Urabá, a manos de grupos paramilitares. Esta segunda crisis reviste una mayor gravedad y visibilidad política, en especial porque ha generado desplazamientos masivos de campesinos. Pero la primera crisis aludida fue también importante en el decurso de la violencia colombiana. Por vez primera la violencia tocó las altas esferas políticas: fueron asesinados políticos de alto rango, militares y periodistas. Es en este momento crítico cuando la situación social de Medellín se tornó más dramática. Precisamente en torno a este acontecimiento, expresado en la guerra del Cartel de Medellín contra el Estado, se anuda el proceso de emergencia, auge y negociación con los diversos grupos armados que vienen proliferando en la ciudad de Medellín y que son el tema central a abordar a continuación. En el anexo N° 1 se detallan los acontecimientos que marcan momentos relevantes en la evolución

(7) Una exposición y análisis socioantropológico de la génesis del narcotráfico puede verse en: Salazar & Jaramillo, 1992.

(8) Un análisis de la violencia colombiana en esta perspectiva puede verse en: Pécaut, 1997.

del conflicto violento reciente en Medellín; en el anexo N° 2 se muestra un cuadro estadístico de las muertes violentas durante el período estudiado; estas muertes son el indicador de la descomposición social que trajo consigo dicha conflictividad, aunque no es el único factor de disrupción, pues idéntica curva siguen las estadísticas de lesiones personales, robos de autos, robos de bancos, etc.

3. LOS ACTORES DE LA VIOLENCIA EN MEDELLÍN

3. 1. Las bandas

Bandas de delincuencia común existían ya en Medellín desde los años 60's. Sin embargo, su número era muy reducido y su *modus operandi* no implicaba el despliegue de violencia que caracterizaría a las bandas posteriores, en los años ochentas. En tales circunstancias su visibilidad no era mucha y puede sostenerse que el delito y las muertes violentas estuvieron asociados, antes del narcotráfico, a agentes individualizados y no a agentes corporativos; tales agentes individuales pudieron generar asociaciones delictivas, pero nunca con el grado de especialización ni con el carácter masivo que tendrían las bandas del narcotráfico.

Los consorcios delictivos de entonces, llamados “bandas de la pesada”, operaban más bien como redes en las que intervenían comerciantes, contrabandistas, autoridades y algunos criminales que hacían el trabajo sucio (9). Pero es claro que los más peligrosos criminales de entonces eran todavía figuras picarescas, bandidos urbanos que lideraban acciones criminales en las que intervenían varios sujetos, pero difícilmente puede pensarse en que tuvieran una estructura de colectivo permanente que definiera su naturaleza y determinara de modo claro su presencia urbana como horda armada, que es lo que sucederá con las bandas a partir de la consolidación del narcotráfico.

El delincuente típico tradicional fue entonces, hasta bien entrada la década del 70, el “Malevo”, personaje que conservaba ciertos códigos del universal honor de los bandidos; sus delitos nunca tuvieron el carácter de empresa delictiva o la repercusión social que lo convirtieran en un problema de orden público y, por consiguiente, la ciudad lo fue incorporando a su paisaje.

Otra cosa muy distinta aconteció en los años ochentas con el fenómeno de las bandas juveniles, a las que denominaremos “galladas” para diferenciarlas de los grupos armados de asesinos a sueldo y de ladrones profesionales que se consolidarán al calor del dinero proveniente del tráfico de cocaína. Las “galladas” constituyeron un fenómeno urbano que irrumpió con fuerza a fines de los años 70's. Son una especie de institucionalización callejera de la inventiva y la reacción juveniles frente a las presiones de segregación social y frente a la obturación de los canales normales de ascenso social. No son en principio organizaciones delictivas; son modelos de socialización y respuestas a situaciones más o menos críticas de desempleo, hacinamiento, exclusión social, obsolescencia de la escuela y cultura del consumo.

Pero, dadas las condiciones de crecimiento de los negocios de tráfico de drogas, estas “galladas” sufrieron transformaciones rápidas que las convertirían en ejércitos al

(9) Algunos bandidos clásicos hacen el empalme con el narcotráfico, pero no es ésta la regla. Véase al respecto: Jaramillo, 1994a: 9, 10.

servicio de los narcos, en canteras de sicarios o en consorcios delictivos más o menos profesionalizados. Las bandas de sicarios no fueron, con todo, producto de la evolución endógena de las “galladas”; estas últimas fueron absorbidas por negociantes individuales o por delincuentes externos. De otro lado, aunque las “galladas” asimiladas al narcotráfico y a la delincuencia pesada no fueron sino algunas y nunca de modo total, este proceso sí varió fundamentalmente la evolución de las organizaciones juveniles espontáneas en la ciudad, encaminándolas hacia la delincuencia y la drogadicción exacerbadas.

Las bandas del narcotráfico operaron fundamentalmente en las comunas del norte y en los municipios de Bello y la Estrella. Su gestación se da a comienzos de los 80's y su apogeo en la mitad de dicha década. Algunas eran brazos armados (guardaespaldas y mandaderos) de los narcotraficantes. Otras se constituyeron como “oficinas”, esto es, grupos de allegados a los capos mafiosos que oficiaban como intermediarios entre demandantes de servicios criminales y las agrupaciones barriales, que en sus zonas seguían fumando marihuana; esperando enrolarse en negocios lucrativos; entrenándose en diversas fechorías, o ensayando empresas delictivas menores por cuenta propia. Así, algunas bandas se consolidaron y se desarrollaron con relativa independencia respecto de los narcos. Pero, en general, fue el flujo de dinero y de armas del narcotráfico el que alimentó el proceso de las bandas en Medellín (10).

Hacia mediados de los 80's había pues, en Medellín, grupos de “oficinas”, bandas ligadas de cerca al cartel de las drogas, bandas de secuestradores, de haladores de carros, de asaltantes bancarios y, lo que más grave sería a la postre, un sinnúmero de bandas menores, sin mayor dotación de armas y sin vínculos con los narcos, dedicados al robo de tiendas, residencias, vehículos de toda clase y transeuntes en los barrios: las bandas de “Chichipatos” (11).

Por la misma época se comenzó a popularizar el consumo del “bazuco” o base de coca, que genera unos niveles de dependencia y unos efectos no comparables siquiera con los de la marihuana. Lo que se produjo entonces fue una generalizada irrupción de cuadros delictivos protagonizados por jóvenes adictos a la base de coca, asociados en bandas de todo tamaño y condición (las bandas de “chichipatos”) y cuyas prácticas convirtieron a muchos barrios en auténticos campos de batalla, pues estas bandas desarrollaron controles territoriales y enfrentamientos con otras similares. La ciudad se vio entonces sacudida por una ola de inseguridad sin parangones, cuadros dantescos de personas, no sólo jóvenes, arrastradas a la más inverosímil degradación por efectos de la droga y una insensata y dolorosa proliferación de muertes violentas que colocaron a Medellín en un lejano primer lugar en la clasificación mundial de ciudades inseguras. En el imaginario de las gentes estos años se conocen como el tiempo en que se “jodió” Medellín, y no sin razón se asocia la descomposición social con la “bazuca”, pues coincidió que la mayoría de delincuentes que convirtieron a los barrios periféricos en zonas vedadas e invivibles eran adictos o estaban integrados al circuito de la droga.

Tras los elevadísimos índices de muertes violentas en la ciudad estaban: los crímenes ordenados por los narcotraficantes; los enfrentamientos entre bandas fuertes

(10) El modelo del sicariato, como circuito mercantil del delito, fue descrito de modo magistral por Ortiz, 1990: 62.

(11) Esta denominación tiene claro carácter peyorativo y significa algo así como desarrapados.

por negocios mal finalizados; los asesinatos perpetrados por integrantes de estas bandas fuertes en contra de delincuentes menores e integrantes de bandas de “chichipatos”, pues ocurrió que muchos de estos delincuentes bien rankeados en el mercado delictivo desarrollaron hábitos de justicieros y “protectores” de sus barrios y zonas de influencia. Pero un gran número de víctimas provenía también de los enfrentamientos entre bandas de “chichipatos”, quienes se trenzaron en verdaderas guerras tribales en los barrios. A esta lista se sumarán más tarde: los asesinatos de grupos de extrema derecha contra líderes políticos; los crímenes contra indigentes por cuenta de grupos de limpieza social; los asesinatos perpetrados por las propias fuerzas del orden, especialmente en sus enfrentamientos con el cartel de Medellín; los crímenes de las Milicias; las masacres de los Paramilitares y los homicidios “comunes” que crecieron al amparo de la impunidad y al calor del mercado de armas y de la oferta de servicios criminales (12).

Al lado de las bandas “duras” y “de oficina” se creó entonces un circuito muy complejo de bandas de menor rango y, sobre todo, de bandas de “chichipatos” conformadas por jóvenes que hicieron del delito: robo, violación y homicidios, su modo de vida en los propios barrios. Es sobre todo este fenómeno el que acelera la irrupción de la “cruzada miliciana”, que no fue dirigida contra los sicarios, ni contra los delincuentes asociados en bandas fuertes, y mucho menos contra el Estado, sino contra estos delincuentes “menores”, identificados casi siempre como drogadictos o “bazuqueros”.

Con la muerte de Pablo Escobar (1992) se quiso hacer creer que finalizaría el fenómeno de las bandas. Pero es claro que las bandas no eran un fenómeno de simples mercenarios al servicio de traficantes. El narcotráfico había intervenido un fenómeno de socialización juvenil (galladas), reorientando su desarrollo y transformando su naturaleza. Se había convertido en un modelo de ascenso social para amplias capas de población y, finalmente, proporcionó infraestructura, no sólo logística, para la formación de consorcios delictivos muy profesionalizados. En tales condiciones no es de extrañar que las bandas sobrevivieran a la desarticulación del cartel de las drogas y que incluso crecieran en número. En efecto, tras la muerte de Escobar, aumentó su número y comenzaron a incursionar en otros negocios delictivos cuando decreció el comercio de las drogas.

Finalizando los años ochentas y en pleno apogeo de las bandas y de la guerra del cartel de Medellín con el Estado (1989–1991), irrumpen las Milicias Populares, nuevos agentes que complejizarán el conflicto bélico en la ciudad.

3. 2. Milicias populares

3. 2. 1. Los orígenes

Con el nombre de Milicias se alude a un variado mosaico de grupos armados que aparecieron en Medellín a finales de la década pasada. Su génesis se inscribe en el

(12) Existe variada documentación en torno a esta época de grave crisis social. En *No nacimos pa' semilla* de Alonso Salazar (1990), confluye la perspectiva testimonial con el análisis sociohistórico. Un ensayo que sintetiza las líneas interpretativas de la crisis se encuentra en: De los Ríos & Ruiz, 1990.

proceso de expansión de la violencia delincencial que desató el narcotráfico, especialmente en las zonas populares del norte. Las Milicias no son una simple extensión de la delincuencia; pero es evidente que el “bandidaje” de los barrios populares, consecuencia del narcotráfico, es el que les proporciona el nicho social en el que nacen y, sobre todo, el que les provee de un modelo social de inserción: la banda, que les permitirá a las Milicias hacer lo que las simples células guerrilleras no pudieron hacer en décadas, esto es, crecer y multiplicarse.

Las Milicias son, así, una típica hibridación entre el actor político: la guerrilla o la izquierda armada (13), y el delincuente común organizado: la banda. Este maridaje no es una simple unión mecánica ni un producto enteramente deliberado. La mezcla se va produciendo también de modo aleatorio hasta que cristaliza en un modelo organizativo que tiene una cierta coherencia con las necesidades del momento, lo cual explica su éxito inicial y, en cierta forma, su persistencia.

La red causal implicada en la gestación de las Milicias incluye seguramente procesos de más larga duración y de carácter estructural, aparte del ya mencionado proceso de delincuentización, del cual el narcotráfico es el detonante. Pero, en lo fundamental, este último proceso, junto con los problemas de desarticulación que venían sufriendo la izquierda y las células guerrilleras en la ciudad, constituyen los desencadenantes inmediatos de la “cruzada miliciana”.

De todos modos vale la pena mencionar, en relación con los aspectos causales propiamente estructurales, que no por azar surgen las Milicias en la zona nororiental de Medellín. En efecto, se trata de una de las zonas tradicionalmente más desatendida por el Estado. Asimismo fue una zona fuertemente estigmatizada: por razones políticas debido a que albergó barrios de tradición gaitanista y luego barrios de invasión en cuyas luchas, a veces cruentas, se puso de manifiesto la influencia de los movimientos de izquierda; fue estigmatizada además por ser sede de reconocidos lugares de prostitución, combatidos por la moral pública como epicentros de perdición y por las autoridades como refugio de delincuentes; fue estigmatizada también socialmente porque se la escogió como sitio de reubicación de gentes desalojadas de otros lugares de la ciudad. A todo ello se le sumará, en los ochentas, un explosivo estigma: el ser “una despensa de sicarios” según la reveladora expresión de un miliciano.

Pero es claro que estos antecedentes sociopolíticos no bastan para dar cuenta del fenómeno. Así que es necesario buscar otros factores que permitan una explicación más verosímil. En tal sentido es preciso señalar que las Milicias, por fuerza, han debido asimilar la experiencia de bandas de delincuencia común que cumplían con funciones de protección en los barrios. Ya mencionamos el hecho de que algunos delincuentes vinculados a estas bandas desarrollaron perfiles de justicieros. Pero se conocen antecedentes de justicieros y vengadores, independientes de las bandas, “empresarios” anónimos de la limpieza social en los barrios, algunos de los cuales engrosarán las filas de las Milicias y se volverán gestores de nuevos grupos o “sucursales” milicianas (14).

(13) Debe hacerse la distinción entre células urbanas de la guerrilla (FARC-ELN Y EPL) y comandos armados urbanos derivados de partidos de extrema izquierda, como se verá luego.

(14) Es el caso de Niver, miliciano de las MP/PP, cuya historia se recrea en: Salazar *et al.*, 1996.

Debe mencionarse además el hecho de que las acciones de los escuadrones de la muerte y grupos de limpieza social (Rojas, 1994), de aparición frecuente en la ciudad desde los setentas, van creando también un ambiente favorable al ejercicio de la justicia por mano propia, un rasgo característico del proyecto miliciano.

Las Milicias se dan a conocer plenamente en la ciudad en 1990 y 1991. Muchas gentes se sorprendieron ante el espectáculo de jóvenes armados y encapuchados que se autoproclamaban, en periódicos y noticieros, como el poder armado en los barrios. Pero desde tiempo atrás, y de manera menos pública, se conocía su existencia como grupos que venían expandiéndose por los barrios y que parecían dispuestos a exterminar delincuentes y drogadictos, en especial expendedores de “bazuco”. Sus procedimientos típicos eran conocidos y comentados en corrillos. Su presencia en un nuevo territorio se anunciaba con la aparición de “pintas” o grafitis y de listas negras en las que se amenazaba de muerte a grupos o individuos; también hacían su aparición como patrulleros nocturnos trenzados a veces en enfrentamientos armados con las bandas o con la policía.

A partir de 1988 y 1989 la expansión de las Milicias fue rápida y contundente en la ciudad. Llegaron a establecerse en las plazas de mercado y a incursionar en barrios relativamente centrales. La alarma creció suficientemente hasta el punto que el Alcalde de la ciudad y el Gobernador decidieron contactar algunos líderes en 1990 para proponerles una negociación. Las Milicias, en cuanto grupos bien armados y en expansión, con un discurso político revolucionario y ya divididas según criterios, territorios y denominaciones, eran el producto final de un fraguado lento que se inició verosímilmente varios años atrás.

La primera Milicia surgió, según versiones públicas y generalmente aceptadas, sostenidas además por sus propios mentores (15), en el barrio “Popular N°1” y se autodenominó “Milicias Populares del Pueblo y para el Pueblo” (MP/PP). De allí se derivaron otros grupos que se fueron independizando y también surgieron, como imitación, pero con otros criterios políticos, otras Milicias como las Milicias Populares Valle de Aburrá (MP/VA) y las Milicias “América Libre”. Sin embargo, la vinculación entre bandas y líderes politizados de izquierda venía desde antes y es seguro que grupos de Milicias existieron antes de 1988.

La hipótesis que mejor parece responder a una caracterización del origen de las Milicias es que son el producto de la confluencia de dos procesos agudizados a mediados de la década del ochenta: por un lado, una crisis de anomia barrial, expresada en la proliferación de bandas y minibandas delincuenciales, y por el otro la crisis y dispersión del proyecto de presencia de la izquierda armada en la ciudad. En efecto, las guerrillas con mayor presencia en Medellín: EPL, ELN y M19 se estaban dividiendo como consecuencia de la oferta de reinserción y diálogo que propuso el Presidente Betancur en 1984; este proceso de diálogo dio origen a unos llamados “Campamentos de Paz”, que tuvieron sus versiones urbanas en varios barrios de ciudades colombianas, entre ellas Medellín; estas conversaciones entre gobierno y guerrilla fracasaron y los campamentos se levantaron. Sin embargo, durante su corta duración habían sido base

(15) La prensa local (El Colombiano y El Mundo, principalmente) presenta extensos reportajes con milicianos desde 1991 y con particular intensidad en 1993, previo a los acuerdos de “Media Luna”.

de adoctrinamiento político y entrenamiento militar para jóvenes de estos barrios. Estos jóvenes, que no alcanzaron a volverse ni militantes de izquierdas ni guerrilleros se incorporaron a bandas de delincuentes o formaron sus propios grupos, algunos, aunque delincuenciales, con ciertas dosis de politización. Pero hubo además algunos militantes de núcleos de izquierda armada, independientes de la guerrilla, que fueron abandonando su modo de proceder como células armadas o comandos y que pasaron a atender las demandas existentes de autodefensa en los barrios. Otros líderes de estos núcleos urbanos entraron en francos negocios delictivos, incluso con el narcotráfico.

Por último, es de suponer que algunos grupos de espontáneos pobladores se organizaron para defenderse de los delincuentes y se armaron para tal efecto. En este caso se trataría de una pura autodefensa; grupos de esta índole existieron en la comuna nororiental después de 1985; pero, al parecer, pronto fueron “colonizados” por líderes politizados que inyectaron en estos proyectos autodefensivos una ideología revolucionaria la cual, por algún tiempo y para mucha gente, disimuló la nada revolucionaria práctica de ajusticiamiento y/o de vigilancia subsidiada mediante “impuestos” o cuotas “voluntarias” que impusieron las Milicias.

El grupo “Los Capuchos”, que existió quizá desde el 85 u 86 es una agrupación supremamente clave para efectos de entender el origen y naturaleza de las Milicias en Medellín. Este grupo operó cerca al barrio donde aparecieron las MP/PP. En este grupo se dieron cita exintegrantes del M-19 y jóvenes que participaron en los “Campamentos de paz” (16). Fueron una banda muy singular: combinaba el delito puro y simple con el cuidado sistemático del barrio donde habitaban sus miembros. Quizá idearon el patrullaje, el ajusticiamiento de delincuentes menores y drogadictos y, como su nombre lo indica, inventaron la capucha para realizar su trabajo abierto de vigilancia barrial. Verosímilmente, esta fue una experiencia piloto que recogieron quienes lideraron las Milicias posteriores. “Los Capuchos” pusieron en ejecución una práctica con antecedentes arcaicos en la historia de la violencia colombiana: el patrullaje o ronda. Pero lo más decisivo fue que dieron en el blanco al convertirse en justicieros sumarios de delincuentes menores, pues el inmediato efecto de tranquilidad producido y la centralización del control en un solo agente capaz de imponer orden: ellos mismos, sirvió para conquistar una base de apoyo y legitimidad en sectores anarquizados por la delincuencia. Como la casi totalidad de los barrios pobres de la ciudad experimentaba igual traumatismo, el modelo miliciano halló acogida en muchas partes y se instaló rápidamente, excepto donde bandas de delincuentes les opusieron resistencia, en especial en la zona noroccidental, donde la Milicia nunca fue bien acogida (17).

Las Milicias habían nacido muy seguramente como una depuración de grupos híbridos como “Los Capuchos”. En cierto momento las Milicias proscribieron la comisión de delitos e incorporaron el discurso revolucionario. Este momento se

(16) Una entrevista con “El Ángel”, jefe de “Los Capuchos” es presentada y comentada por Restrepo, 1991.

(17) Las bandas también se organizaron para la defensa. En la noroccidental existieron varios grupos de resistencia como la OCR (Organización Cláusula Roja). Esta OCR impidió la instalación de las Milicias en el Barrio Castilla. Otro grupo similar se organizó y expulsó a las Milicias ya instaladas en “La Maruchenga”, en la misma noroccidental: la G.C.M. (Grupo contra la Milicia).

presentó hacia el año 1989, cuando el movimiento miliciano dio visos de cierta tendencia hacia la unificación. Fue un momento en el que los cuadros revolucionarios más politizados lideraban las Milicias más fuertes (las MP/PP y las MP/VA). Pero muy pronto, al expandirse y subdividirse, la perspectiva de unidad política se volatiliza. Suben al comando de muchos grupos verdaderos pillos, inmunes a cualquier politización, que permiten que muchas Milicias sean ganadas por la lógica de la banda delictiva o de la banda juvenil. Esto significó la pérdida de todo horizonte político; la proliferación de actos delictivos y arbitrariedades en el seno de tales agrupaciones y, sobre todo, la recaída de muchos milicianos en el consumo de drogas, lo que era verdaderamente dramático para un movimiento que le declaró la guerra santa al “bazuco” y la marihuana. Es precisamente la presión interna ejercida por esta descomposición la que fuerza a las Milicias a negociar. Por supuesto, también estaban acosados por la policía y las bandas.

En suma, las Milicias son una hibridación en la que confluyeron 3 elementos decisivos: el primero fue la dinámica de las bandas armadas de tipo delincencial y con dominio de territorios; el segundo fue un elemento político revolucionario agenciado por disidentes de las células guerrilleras y comandos de izquierda armada, estos últimos, resultado de un proceso de disgregación de los partidos de extrema izquierda representados en Medellín por el Partido Comunista Marxista-Leninista-Maoísta (PC/MLM), especialmente. El tercer componente son las presiones a las cuales estaban sometidos los pobladores de los barrios marginales y que provocaron que algunos se unieran y tomaran las armas para defenderse de los delincuentes.

La Milicia fue entonces un programa de autodefensa que encontró en la banda la forma de organización operativa y en cuadros izquierdistas con experiencia en “trabajo armado” sus cabecillas, que las dotarían de un discurso público justificatorio. Algunos grupos fueron más fieles que otros en relación con sus idearios políticos, pero, en general, todos los grupos fueron partícipes de la cruzada de exterminio de delincuentes que se produjo en Medellín entre 1989 y 1991. En el discurso público de los líderes milicianos estos actos se justificaron como una necesidad de defender los barrios del azote de los sicarios o como defensa contra las arbitrariedades de la policía. La realidad fue que las Milicias no asesinaron policías y tampoco delincuentes duros.

3. 2. 2. *El proceso de Media Luna*

Las primeras tentativas de diálogo con las Milicias se produjeron, pues, hacia 1990. Se trató de conversaciones secretas que no lograron cristalizar porque la magnitud y el carácter del problema lo convertían en un asunto de política nacional y los mandatarios locales estaban maniatados con respecto a las decisiones que el asunto requería. La nueva carta política de 1991 es, en definitiva, la que despeja el camino para una solución negociada con las Milicias. No obstante, los grupos armados que la nueva carta reconoce como actores políticos, beneficiarios de posibles soluciones negociadas, son los guerrilleros, y los milicianos aducían que no eran guerrilleros.

Pero el presidente Gaviria sabía de la difícil situación en la que se encontraba Medellín. En una carta, el gobernador le pide ayuda y le habla de la amenaza comunista que se cierne sobre la ciudad pues, aunque dice saber que las Milicias son autodefensas, teme que serán captadas pronto por las guerrillas. El gobernador tenía razón: las células

guerrilleros se revitalizaron al adoptar el modelo miliciano. Pero, en otro sentido, apareció un fuerte competidor político disputándoles la población marginada de las comunas. Por momentos las Milicias independientes adoptaron un discurso claramente revolucionario y parecieron pretender convertirse en una alternativa de la izquierda armada. Algunos líderes milicianos se concebían como liderando tal alternativa, esto es, un modelo de propagación de la política revolucionaria centrada en el trabajo urbano como vanguardia, al contrario de las guerrillas que pretenden forjar las vanguardias en el campo para avanzar luego sobre las ciudades. A raíz de esta disyuntiva las Milicias se dividieron cada vez más nítidamente entre las que seguían los lineamientos de la guerrilla tradicional y las llamadas independientes. Sólo éstas, como se verá, acudirán, aunque divididas, a las mesas de negociación en “Media Luna”. En la misma carta el gobernador hablaba de un número superior a los 5 mil milicianos; al final no resultaron ser tantos (18).

Para facilitar la negociación con las Milicias de Medellín fue necesario modificar la ley de indultos que se venía manejando dentro de la política de paz del Presidente Gaviria (1990-1994). La ley 104 de diciembre de 1993 (Diario Oficial, 1994) consagra beneficios jurídicos expresamente para las Milicias, aunque por hacerlo de modo ambiguo se precisó mucho trámite adicional para adecuarla; al mismo tiempo sería necesario mucho regateo con la Corte, ya en plenos acuerdos, para lograr que los delitos por los que muchos Milicianos eran procesados se consideraran delitos políticos, y pudiera darse cumplimiento a uno de los puntos acordados: los beneficios jurídicos para los milicianos detenidos (19).

Para 1993 era un hecho el fracaso de las negociaciones de Gaviria con las guerrillas; al gobierno le convenía entonces facilitar la negociación con las Milicias y el ministro de Defensa le enrostrará a la guerrilla su falta de voluntad y le mostrará el ejemplo de los milicianos. La Consejería Presidencial para Medellín jugó también un importante papel en el impulso a dicha negociación y junto con la alcaldía promocionará el proceso de negociación con las Milicias como un caso excepcional de tratamiento de la conflictividad urbana.

Por su parte las Milicias venían afrontando serios problemas internos: muchos líderes milicianos habían sido capturados y se hallaban en proceso de ser sentenciados. Los grupos tenían ya serios problemas de corrupción y, al tiempo que se expandían se fragmentaban y los conflictos entre los bandos de Milicias se sumaban a sus enfrentamientos con bandas y policías. En tales condiciones también a las Milicias les convenía negociar. Las conversaciones se inician a comienzos de 1994, en un sector aledaño a la ciudad llamado “Media Luna”, lugar que da el nombre al proceso; la mesa de negociadores la integran delegados del gobierno nacional, del gobierno local, las Milicias y un tutor moral del proceso, monseñor Hector Fabio Henao.

Después de varios meses de forcejeo se concluyó con un acuerdo que contenía en seis puntos el compromiso del gobierno para la desmovilización de las Milicias. El

(18) Según los datos suministrados por la Oficina de Reinserción para Antioquia el número de milicianos desmovilizados en 1994 fue alrededor de 600.

(19) Cerca de un centenar de milicianos estaban encarcelados por entonces y muchos eran acusados de delitos nada políticos como robos o asesinatos.

26 de mayo de 1994 se firman los acuerdos. Los gobiernos local y nacional se comprometen a cumplir con las condiciones acordadas y los milicianos a desmovilizarse y entregar las armas.

Tras un seguimiento a este proceso de negociación, que no podríamos detallar aquí, podemos afirmar que el proceso de “Media Luna” no logró neutralizar o detener la dinámica miliciana, del mismo modo que tampoco la derrota de Pablo Escobar significó la neutralización del fenómeno de las bandas. Las Milicias desmovilizadas dejaron casi todas su respectiva disidencia como grupos que seguían “en guerra”. Además, ninguna Milicia guerrillera entró en la negociación. Por tanto, al igual que las bandas, también las Milicias continuaron su existencia y proliferación después de la negociación, la cual fue publicitada como un acuerdo que pacificaría la ciudad.

4. LOS RUMBOS ACTUALES DEL CONFLICTO

Bandas y Milicias son apenas nombres genéricos con los que se clasifican las numerosas agrupaciones armadas, que proliferan en Medellín, de acuerdo con el dualismo tradicional que se establece entre delincuentes comunes y delincuentes políticos. Puede demostrarse, con multitud de ejemplos, que los actores armados en Medellín son más complejos y variados y que las diversas combinaciones entre actividad delictiva, revolucionaria, autodefensiva o de simple violencia juvenil han producido diversos tipos de actores, más inestables en cuanto a su perfil como actores armados con una vocación específica o con una “profesión” determinada.

En cuanto a las bandas se refiere, la lógica que preside su diversidad surge de las fuerzas que tienden a polarizar a los grupos en relación con su capacidad económica y logística. La diferencia inicial entre bandas “de oficina” y bandas de “chichipatos” alude a este factor, el cual persiste hoy aunque bastante matizado por nuevos factores intervinientes. El cambio más significativo en el fenómeno de las bandas en Medellín y que determina en gran medida el rumbo que vienen tomando desde mediados de los noventa en adelante, tiene que ver con la desarticulación del cartel de las drogas en la ciudad y con las políticas oficiales en relación con las bandas, es decir, con procesos de negociación en donde el gobierno municipal, a través de la “Oficina de Paz y Convivencia”, busca mediar entre los grupos enfrentados.

La muerte de Pablo Escobar a comienzos del 92 representó un punto de inflexión en el fenómeno de grupos armados poderosos de delincuentes. ¿Qué sucedió a partir de entonces? paradójicamente las bandas crecieron en número, pero bajó el nivel de sus actos delictivos. Se multiplicaron los grupos, pero cada vez más en una cierta periferia del mercado del delito. Este proceso de ablandamiento de las bandas acentuó en ellas otros rasgos distintos a su pura naturaleza criminal e instrumental: tendieron a reforzar los dominios territoriales y a retornar un poco hacia su papel de modelos alternos e informales de socialización. Sin embargo, esto produjo un aumento de la violencia barrial en estos años, debido a la proliferación de microguerras entre bandas por dominios territoriales, lo mismo que a causa de nuevos problemas urbanos vinculados con la parcelación arbitraria y absurda de los espacios, especialmente en las zonas periféricas. Otros muchos circuitos de la vida cotidiana han sido afectados, aparte del circuito crucial del desplazamiento y el uso del espacio. En todo caso, la magnitud de

los delitos descendió, aunque no su número, y las muertes violentas se fueron desplazando hacia los barrios pobres, asunto éste que tranquilizó por un tiempo a las autoridades. Desde el año 95 se fueron agudizando estas guerras entre las bandas y el gobierno local se vio impelido a desarrollar una política especial en relación con dichos actores (20).

Lo que es dable observar en la actualidad es que el dualismo entre banda “dura” y “blanda” tiende a desaparecer en una franja media de actores armados que no son sólo delinquentes sino también “Tribus”, grupos de pares y muchas veces asociaciones con cierta vocación por representar intereses comunes. Han copiado prácticas de las Milicias, como ejercer alguna justicia rudimentaria, vigilar y normar, con lo cual se legitiman en sus zonas.

En relación con las Milicias, el proceso de “Media Luna” señala el punto de inflexión en su evolución. Para las Milicias que negociaron, las llamadas reinsertadas, el proceso significó su fin, trágico para cientos de sus integrantes que fueron asesinados.

Dos años bastaron para que desaparecieran (21). Para las Milicias independientes o guerrilleras que no entraron en la negociación, este proceso marca un importante elemento de diferenciación que les proporcionó un ligero aire de legitimidad, pues la negociación resultó lo que muchos de ellos pronosticaron: una fatal equivocación.

Desde entonces hasta hoy el fenómeno miliciano ha vivido un proceso simultáneo de expansión y fragmentación. La expansión se ha dado hacia los barrios más periféricos, aunque es preciso anotar que fue también en barrios periféricos donde, en sus comienzos, tuvieron mayor legitimidad. La expansión posterior a la negociación es ya propiamente hacia los suburbios y en esa medida han ido perdiendo impacto y visibilidad. La fragmentación es un proceso de subdivisión creciente que las involucra a todas. Se da como consecuencia de disputas internas que responden a muy diversos móviles: lucha por el control de territorios, lucha por liderazgos y por los criterios de alianza, etc.

De conformidad con lo anterior tenemos hoy gran diversidad y heterogeneidad tanto en los tipos de grupos milicianos como en los niveles de rechazo o aceptación por parte de los pobladores (22). El dualismo entre Milicias independientes y Milicias guerrilleras se conserva e incluso estas últimas han recuperado su perfil guerrillero (23), un tanto desdibujado cuando las Milicias aparecieron ante la opinión pública como un actor único, como un conjunto de grupos revolucionarios surgidos en los barrios y que no eran reducibles a meras células guerrilleras. Por lo que respecta a las independientes

(20) Los enfrentamientos entre bandas en estos años fueron muy agudos; ocasionaron una mayor fragmentación en los barrios y compensaron con los muertos que produjeron los descensos en las cifras de muertes violentas que otros procesos como la negociación de “Media Luna” habían generado.

(21) Para 1996, cuando se liquida la Cooperativa de Vigilancia “COOSERCOM”, que nació con los acuerdos, los milicianos asesinados eran más de 100, incluidos todos cuantos asumieron la gerencia de la cooperativa.

(22) Un panorama de la diversidad de grupos milicianos en el momento de las negociaciones de 1994 se encuentra en: Jaramillo, 1994b.

(23) La recuperación de su perfil ha tenido también que ver con necesarias depuraciones y correcciones de prácticas que les aportó a la célula guerrillera el modelo miliciano. Entre estas prácticas, hoy proscritas según ellos, figura el asesinato de drogadictos.

ha desaparecido la idea de unificación que una vez sugirió el proyecto de una Coordinadora Milicianiana. Los grupos que no se han extinguido subsisten desvinculados; se van “destiñendo” políticamente; van cayendo en actividades delictivas o se transforman en bandas (24).

Sin duda la principal fuente de legitimidad de las Milicias que subsisten hoy radica en la seguridad que brindan y en los servicios sociales que prestan (25), antes que en la simpatía por su imagen de rebeldes políticos la cual, en alguna medida, todavía conservan. Esta posibilidad, sin embargo, fue mucho más decisiva en sus orígenes; hoy se agotan más en defenderse, pues son atacados asiduamente y sobre ellos pesan ya las imágenes negativas del accionar arbitrario de muchos grupos.

Aunque muchos actos de claro perfil antiestatal se le atribuyen todavía hoy a las Milicias, la verdad es que la mayoría son realizados por las Milicias propiamente guerrilleras. Las independientes, aunque en cierto modo también las anteriores, tienden hoy a recaer en un modelo de actuación más autodefensivo y a adoptar la forma de un cierto protectorado comunitario de corte asistencial el cual, conjugado con el autoritarismo de todo agente armado, las convierte en pequeños microestados absolutistas y en pequeños despotismos morales en los barrios pobres. Digno de mención es la mentalidad conservadora de las Milicias revelada en muchas de sus prácticas, en las que manifiestan un moralismo arcaizante nada urbano (26).

El principal factor reciente en contra de las Milicias es, sin duda, la arremetida paramilitar, inscrita en el proceso nacional de agudización de la guerra. Bandas de paramilitares han aparecido y han perpetrado masacres en zonas milicianas. No es sorprendente que algunos de estos grupos quieran encaminarse también hacia acciones de vigilancia y protectorado; aunque en este caso su inserción social parezca más difícil debido a su impronta casi totalmente mercenaria, en algunos barrios parece que los paramilitares intentan hacer rondas y reclutar adhesión popular.

Para finalizar vale la pena referir uno de los hallazgos, teóricamente previsibles, que la realidad empírica en los barrios de Medellín permitió constatar: la emergencia de grupos grises de variada índole; por ejemplo: se encuentran autodefensas que son como Milicias políticamente desteñidas; grupos de vigilantes barriales asociados, especies de bandas en donde el brillo delictivo se apaga y comienza a encenderse el fulgor autodefensivo y comunitario (27). De modo más indirecto se tienen referencias de mezclas entre Milicias y bandas, y hasta de Milicias y paramilitares.

(24) Actualmente no hay un estudio que clasifique e intente mapear los grupos armados en Medellín. Los datos de los organismos de inteligencia no son fiables o parecen muy desfasados. Algunas cifras pueden verse en los informes de Comisiones de Estudio sobre inseguridad en las actas del Consejo Municipal, especialmente a partir de 1996. Se habla allí de más de 180 bandas y de 19 grupos milicianos en 1996.

(25) Milicias y bandas blandas vienen coincidiendo en una serie de prácticas que podríamos llamar de microasistencia social: cuidan vehículos; acompañan borrachos; desarrollan labores de aseo y ornato; vigilan la obediencia de los niños; resuelven entuertos familiares; etc.

(26) Un análisis detallado de estas nuevas formas de existencia pública e inserción social de las Milicias puede verse en: Jaramillo, Ceballos & Villa, 1998.

(27) Una descripción detallada de estos grupos grises puede verse en: Jaramillo, Ceballos & Villa, 1998: capítulo 2.

En cierto sentido todos los grupos actuales son grises, exceptuando quizá algunas Milicias guerrilleras. Pero tanto bandas como Milicias independientes y estos últimos grupos mixtos referidos, todos se inscriben en una situación de combinación de guerra, enfrentamientos, negocios con los pobladores, negocios con autoridades y con policías, etc.

Las estadísticas de muertes violentas en la ciudad, los robos y la inseguridad general hablan todavía de un clima caótico y enrarecido en Medellín. Las organizaciones sociales y la Iglesia han comenzado en los últimos años a mediar entre grupos armados, y la administración municipal lo viene haciendo desde un poco antes, a través de la Oficina de Paz y Convivencia.

Lo que resulta muy revelador es la forma cómo el gobierno local actúa frente a ciertos grupos armados (28). Está mediando entre ellos y ofreciendo pequeños auxilios para neutralizar sus actividades delictivas. Pero, claramente, es un agente débil que queda sometido a la lógica de las transacciones y el regateo, como si fuera un par de los otros grupos armados; nunca aparece como el detentador legítimo del poder, con derecho a imponerse. Algo muy semejante ocurre en el plano nacional.

La posibilidad de retrotraer a los agentes de las múltiples confrontaciones armadas en la ciudad hasta más acá de la condición de ejércitos informales, con capacidad de incrustarse en el tejido social, no se halla a la vuelta de la esquina. Los elevados índices de muertes violentas que persisten en la ciudad dan testimonio del hecho de que muchos consorcios bélicos permanecen y desarrollan inmunidad. Ciertamente el nivel de turbulencia viene bajando, lenta pero constantemente, y muchos grupos armados bajan sus niveles de peligrosidad o desaparecen al influjo de mucho trabajo pacificador de la sociedad civil y de la intervención estatal.

Pero, mientras subsistan las guerrillas habrá Milicias guerrilleras que harán atentados terroristas y patrullarán en los barrios periféricos de las ciudades. Estas Milicias no se extinguirán por sí solas y a lo sumo se “desteñirán” y se tornarán autodefensas, guardias barriales o bandas delictivas. Mientras subsistan negocios de mafias y vínculos entre delincuentes y policías habrá también bandas “duras”, que no se ablandarán espontáneamente, que no retornarán por ellas mismas a la condición de agrupaciones juveniles inocuas.

La descomposición social y el traumatismo que implica la existencia de estos micropoderes armados persisten pues en la ciudad, como un reflejo de la desestructuración que provoca el conflicto nacional. Lastimosamente, las medidas del gobierno local, cuando superan el mero carácter represivo, se presentan como medidas que desconocen la articulación de estos conflictos urbanos con la guerra a nivel nacional y, lo que se percibe, por parte del Estado, es que sólo logra mantener controlados los conflictos, mostrando mayor interés en invisibilizarlos que en resolverlos.

(28) Con las Milicias hay pocas opciones de mediación y la Oficina de Paz y Convivencia se orienta más hacia las bandas.

Referencias citadas

- ALCALDÍA, 1996 - *Plan de desarrollo de Medellín 1995 – 1997*; Medellín.
- APRILE-GNISET, J., 1992 - *La Ciudad Colombiana. Siglo XIX y siglo XX*; Santafé de Bogotá: Banco Popular.
- ARCHILA NEIRA, M., 1993 - *Cultura e identidad obrera*; Santafé de Bogotá: CINEP.
- BETANCUR, D. & GARCÍA, M., 1994 - *Contrabandistas, Marimberos y Mafiosos. Una historia social de la Mafía*; Santafé de Bogotá: Tercer Mundo.
- DE LOS RÍOS, H. & RUIZ, J., 1990 - La violencia urbana en el Medellín de los 80's. *Revista Universidad de Antioquia*, N° 221.
- JARAMILLO, A. M., 1994a - Marginalidad y delincuencia en el Medellín reciente. Entre lo imaginario y lo real. In: *Seminario Actores urbanos y proyectos de ciudad*; Medellín: Corporación Región.
- JARAMILLO, A. M., 1994b - *Milicias Populares. Entre la guerra y la Paz*; Medellín: Corporación Región.
- JARAMILLO, A. M., CEBALLOS, R. & VILLA, M., 1998 - *En la Encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*; Medellín: Corporación Región.
- PÉCAUT, D., 1998 - De la violencia banalizada al terror: el caso colombiano. *Controversia*, 171: 9-33; Bogotá: CINEP.
- GUTIERREZ SENIN, F., 1997 - Gestión de conflictos en entornos turbulentos. In: *Conflicto y Contexto*; Santafé de Bogotá: Instituto Ser de investigaciones y tercer mundo editores.
- MAYOR MORA, A., 1984 - *Ética y productividad en Antioquia*; Bogotá: Tercer Mundo.
- ORTIZ, C. M., 1990 - El Sicariato en Medellín: Entre la violencia política y el crimen organizado. *Análisis Político*, 14 (Sep-Oct.); Santafé de Bogotá.
- PALACIOS, M., S.F. - *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*; Santafé de Bogotá.
- PÉCAUT, D., 1997 - Presente, pasado y futuro de la violencia. *Análisis Político*, 30 (enero-abril): 3-36; Bogotá: IEPRI, U.N.
- REYES, C., 1996 - *Aspectos de la vida social y cotidiana en Medellín 1890-1930*; Santafé de Bogotá: Premios nacionales de Colcultura.
- RESTREPO, L., 1991 - Los muchachos desechables. In: *¿En qué momento se jodió Medellín?*: 49-74; Medellín: Oveja Negra.
- ROJAS, C., 1994 - *La violencia llamada limpieza social*; Santafé de Bogotá: CINEP.
- SALAZAR, A. & JARAMILLO, A., 1992 - *Subculturas del narcotráfico*; Santafé de Bogotá: CINEP.
- SALAZAR, A. et al., 1996 - *Génesis de los Invisibles. Historias de la segunda fundación de Medellín*; Santafé de Bogotá: Programa por la Paz. Compañía de Jesús.
- URIBE, M. T., 1998 - Las dinámicas bélicas en la Colombia de hoy. Ponencia presentada al Seminario "Ciudad y conflicto"; Medellín, 21 de abril.

ANEXO N° 1

■ En 1984 se rompe la “Convivencia Pacífica” entre narcotraficantes, políticos y autoridades. Es el año del asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara, a manos del cartel de Medellín.

■ En 1985 se rompen los diálogos entre las guerrillas y el gobierno del presidente Betancur. Esta ruptura importa para la génesis de las Milicias, como veremos en “3”. Además, de estos diálogos emerge un movimiento político: la Unión Patriótica (UP), que será blanco de los grupos de extrema derecha y contribuirá, trágicamente, a aumentar el caudal de muertes en la ciudad y el país.

■ En 1986 y 1987 se generaliza el consumo del “Bazuco” (base de Coca) y con él los delitos y la inseguridad en los barrios.

■ En 1986 y 1987 se incrementan fuertemente las acciones de grupos de limpieza social, lo mismo que de grupos de extrema derecha. Son asesinados gran cantidad de líderes de la UP y defensores de derechos humanos, en especial profesores y estudiantes de la Universidad de Antioquia.

■ En 1988 y 1989 se produce la agudización de la guerra del cartel de Medellín con el gobierno de Virgilio Barco.

■ En 1989 se crea un grupo élite de policía para Medellín y se producen decenas de masacres de jóvenes en los barrios populares y luego en toda la ciudad.

■ En 1989 empiezan a manifestarse las Milicias Populares haciendo proselitismo armado, patrullajes en los barrios y asesinando drogadictos y delincuentes.

■ En 1990, en plena guerra y regateo entre el entrante gobierno de César Gaviria y el cartel de Medellín, y ante la agudización de los conflictos urbanos, se crea la Consejería Presidencial para Medellín, un organismo oficial creado por la presidencia para ayudar a pacificar y reconstruir la ciudad.

■ En 1991 se adopta una nueva constitución en el país y se suaviza la guerra con el cartel, que giraba en torno a la extradición, ahora constitucionalmente abolida.

■ En 1991 se alcanza el más alto nivel de muertes violentas en la ciudad.

■ En 1991 comienza la vida pública de las Milicias, que se pronuncian a través de los medios masivos.

■ En 1992 es muerto Pablo Escobar y baja la tensión que produjo el terrorismo del cartel.

■ En 1993 comienzan conversaciones formales entre las Milicias y el gobierno local y nacional.

■ En 1994 se firma el acuerdo con las Milicias y surge la figura de un consejero de paz para la ciudad.

■ En 1995 se crea la “Oficina de Paz y Convivencia” que institucionaliza una política de manejo pacífico de los conflictos e implementa el diálogo con los grupos armados, en especial con las bandas.

ANEXO N° 2

Evolución de la tasa bruta anual, número de casos y porcentaje de variación de la mortalidad violenta, ocurrida en Medellín (período 1981-1996).

	AÑO															
Indicador	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996
Tasa Bruta	11.8	11.7	11.6	13.2	16.2	18.1	19.8	25.6	29.2	36.8	43.2	38.2	33.2	30.8	26.9	24.7
Número de casos	1627	1655	1682	1957	2453	2807	3132	4128	4785	6166	7376	6638	6301	5671	5003	4676
% de variación	-	1.7	1.6	16.3	25.3	14.4	11.6	31.8	15.9	28.9	19.6	-10.0	-5.1	-10.0	-11.8	-6.5

Fuente: Departamento de Estudios Criminológicos e Identificación (DECYPOL), Planeación Metropolitana (Departamento de Análisis Estadístico).

